

CAPÍTULO VII

El duque de Alba en Flandes.—Suplicios

DE 1567 Á 1568

Aconsejan todos al rey que vaya á Flandes.—Lo ofrece muchas veces y muy solemnemente, y no lo realiza.—Disgusto de la princesa gobernadora por la ida del duque de Alba.—Situación de los Países Bajos á la salida del duque de España.—Rebeliones que habia habido.—Alzamientos de ciudades: Tournay, Valenciennes, Amberes, Maestrich, Bois-le-Duc, Utrech, Amsterdam, Groninga.—Nobles conjurados: nobles adictos al rey.—Enérgico y heroico comportamiento de la princesa de Parma para sofocar la revolucion.—Va sujetando las ciudades rebeldes de Henao, Brabante, Holanda y Frisia.—Castigos.—Restablece la paz.—Nuevo juramento que exige á los nobles.—Quiénes se negaron á prestarle.—El príncipe de Orange se retira á Alemania.—Desconcierto y fuga de los rebeldes.—Castigo de herejes y restablecimiento del culto católico.—Paz de que gozaba Flandes cuando emprendió su marcha el duque de Alba.—Llega á Bruselas.—Su entrevista con la princesa Margarita.—Resiéntese la gobernadora de los amplios poderes de que iba investido el de Alba, y hace vivas instancias al rey para que la releve del gobierno.—Instituye el de Alba el *Consejo de los Tumultos, ó Tribunal de la Sangre*.—Engañoso artificio que empleó para prender á los condes de Egmont y de Horn y otros personajes flamencos.—Los encierra en el castillo de Gante.—Sensación de terror en el pueblo.—Admite el rey la renuncia de la gobernadora.—Pesadumbre de los flamencos por la marcha de la princesa Margarita: sus últimos consejos.—El duque de Alba gobernador de Flandes.—Gobierno sanguinario del duque de Alba confesado por él mismo.—Suplicios.—Espíritu del pueblo y del tribunal contrario á su sistema.—Invasión de rebeldes en los Países Bajos.—Derrota de españoles en Frisia.—Sentencia contra los condes de Egmont y de Horn.—Son decapitados en la plaza de Bruselas.—Sentimiento ó indignación general.—Síntomas de futura venganza.—Miserable suerte de la virtuosa condesa de Egmont.—Notable correspondencia entre el duque de Alba y Felipe II sobre este asunto.—Tiránicas medidas del duque de Alba en Flandes reveladas por él mismo.

Lo que la princesa Margarita, gobernadora de Flandes, pedía incesantemente al rey Felipe II su hermano, lo que le suplicaba mas de un año hacia en todas sus cartas con el mayor ahinco y empeño, era que pasase en persona á los Países Bajos, como único remedio para aplacar aquellas turbulencias. Lo mismo le rogaban todos los nobles flamencos que se le conservaban adictos y trabajaban por el mantenimiento de su autoridad y de la religion católica. Otro tanto le aconsejaba desde Roma el cardenal Granvela. En el propio sentido escribían todos los personajes que mantenían correspondencia con su secretario Gonzalo Perez, y despues con Antonio Perez, su hijo y sucesor en aquel cargo. El pontífice Pio V, que habia sucedido á Pio IV en enero de 1566, le exhortaba igualmente, ya por cartas, ya por medio de su embajador en Madrid, á que se apresurara á sosegar con su presencia los pueblos sublevados, diciéndole que si lo difería, ó lo encomendaba á alguno de sus ministros, «Flandes perdería la religion, y el rey perdería á Flandes.»

Todos recordaban, y los que mas confianza tenían con el rey le traían á la memoria el ejemplo de su padre Carlos V, que para sosegar el motin de una sola ciudad flamenca, Gante, no habia vacilado en partir rápidamente de Madrid, aventurando su persona hasta ponerse en manos de su gran rival Francisco I pasando por Francia para llegar mas brevemente.

Mas de un año hacia tambien que Felipe II contestaba á todos anunciando su resolución de marchar á los Países Bajos, dejando unas veces entrever esperanzas, y asegurando otras en términos explícitos la proximidad de su viaje (1). Sin embargo, tanta dilación en verificarle pudo inspirar á algunos cierta desconfianza en las reales promesas, y ver en ellas una política de entretenimiento. Mas todos estos recelos, cualquier

mento á la obra de Estrada, de la Historia de este, Década I, libros I al VI, de la Historia de las Guerras de Flandes del cardenal Bentivoglio, libros I á IV, de la de Felipe II de Cabrera, libs. V y VI y de los Comentarios de don Bernardino de Mendoza, lib. I.

(1) Correspondencia de Felipe II, tom. I de los publicados por Gachard.—Colección de documentos inéditos, tom. IV.—Herrera, Cabrera, Estrada, Bentivoglio, Mendoza, en sus Historias, *passim*.

ra que los abrigara, parece debieron quedar desvanecidos al ver al rey afirmar solemnemente en las córtes de Castilla, que siendo como era tan necesaria y urgente su presencia en los Estados de Flandes, no podia menos de dejar temporalmente sus reinos de España, y tenia determinado partir á la mayor brevedad á aquel país (2). Por espacio de muchos meses continuó todavía despues dando las mismas seguridades. Y sin embargo, no solamente no verificó entonces su expedición, sino que no llegó á realizarla nunca.

Si la presencia de Felipe II era tan útil y tan necesaria para sosegar las alteraciones de Flandes como unánimemente lo daban á entender todas las personas de mas autoridad y mas concededoras del espíritu de aquellos países y de la índole de su rebelión, difícil es salvar al monarca español del cargo de no haber ejecutado lo que todos le pedían ó aconsejaban, y lo que á todos constantemente prometía. Porque las razones que algunos historiadores alegan para salvarle de la falta de cumplimiento de tantas palabras empeñadas y de la responsabilidad de los sucesos que despues sobrevinieron, á saber, que se traslucían ya en España algunos principios de la rebelión de los moriscos, y que abrigaba en su pecho disgustos y desconfianzas de su hijo el príncipe don Carlos, no nos parecen bastante poderosas para dejar de aplicar el medio tan universalmente aconsejado á un mal que iba tan directamente contra la religion, y á que no era ajena la conservación ó la pérdida de un rico Estado.

En su lugar determinó, como hemos visto, enviar con ejército al duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, de cuyo nombramiento comenzó pronto á mostrarse disgustada y sentida la princesa de Parma, gobernadora de los Países Bajos, previendo lo que con él iba á rebajarse su autoridad, y así lo manifestaba sin rebozo al rey. La elección del duque de Alba, personaje conocido por la severidad de su carácter y por sus tendencias al rigor y á la crueldad, representaba ya bien á los ojos de todos el sistema que Felipe II se proponía seguir para con los disidentes de Flandes. Y no era en verdad este el que tenían por mas conveniente y acertado los mas prudentes de sus consejeros, aun los enemigos mas declarados de los flamencos sediciosos. El mismo cardenal Granvela, tan aborrecido en Flandes, tan resentido de los próceres que le habian lanzado de aquellas provincias, el que habia trabajado mas á riesgo de su persona para establecer en ellas el rigorismo inquisitorial, el consejero privado de Felipe y de Margarita, no cesaba de exhortar al rey á que usara mas de clemencia que de severidad (3).

La salida del duque de Alba de España se difirió hasta principios de mayo (1567). Veamos lo que en este intermedio habia acontecido en Flandes, y cuál era la situación de aquellos países para poder juzgar de la oportunidad ó inconveniencia de la ida del duque en aquella ocasión.

A consecuencia de haber revocado la gobernadora el edicto de agosto de 1566, que permitía la libre predicación á los reformistas ó protestantes, con tal que lo hiciesen sin tumulto ni escándalo y soltasen las armas, exacerbáronse de nuevo los de la liga, estrecharon su confederación y sublevaron abiertamente varias ciudades, demás de las que estaban ya levantadas, y en que dominaban tumultuariamente los adversarios de los católicos. Eran las principales de aquellas Tournay y Valenciennes en el Henao; Amberes, Maestrich y Bois-le-Duc (4) en Brabante; Utrech y Amsterdam en Holanda; y Groninga en la Frisia. Sobresalía como el mas activo y el mas audaz caudillo de los sublevados Enrique de Brederode, señor

(2) Cuadernos de córtes de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia: córtes de 1567. Peticion 1.^a

(3) De la cual (de la clemencia) es muy necesario que V. M. use, y que antes dexo sin castigo muchos, que dar castigo y pena á los buenos que no lo merecen, antes galardón.—Carta de Granvela al rey, de Roma á 15 de abril de 1567.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 904.

Es por consecuencia inexacto lo que dice Watson (Historia de Felipe II, lib. VIII), que el cardenal Granvela exponía al rey que nunca fuera menos á propósito la clemencia, y que si prontamente no se castigaba la insolencia y presunción de los flamencos, no tardarian en disputarle el derecho de mandarlos, etc.

(4) La que nuestros historiadores llaman Bolduque.

de Vianen, que quiso presentar á la princesa regente un nuevo memorial de los confederados, y Margarita le prohibió llegar á Bruselas. El príncipe de Orange, que hasta entonces habia seguido una conducta incierta, sin acabar de declararse ni por los católicos ni por los herejes, se puso ya manifestamente del lado de los de la liga, y era temible el de Orange en las provincias de Holanda en que tenia su gobierno, y en la importante ciudad de Amberes, donde los sediciosos le habian varias veces aclamado.

Quedaban, no obstante, todavía en favor del rey y de la regente muchos nobles y magnates flamencos, entre ellos los condes de Aremborg, de Arschot, de Meghem y de Berlaymont, los señores de Noirquermes, de Beauvoir y de La Cressonniere, y sobre todos el conde de Mansfeld, el mas decidido servidor de la princesa Margarita, y cuya adhesión é importantes servicios no dejaba nunca de recomendar en sus infinitas cartas al rey su hermano, no cansándose de encarecer cuánto le debía en aquellas criticas circunstancias, y cuán digno era de que le dispensara consideración y mercedes el monarca español. El ilustre conde de Egmont, como mas detenidamente adelante diremos, se habia negado á entrar en la liga, por mas que le invitaron sus mayores amigos, y entre ellos el de Orange, y se mantenía fiel á la regente y á la causa católica, limitándose á ofrecer que haría deponer las armas á los sublevados con tal que se le asegurara que en soltándolas habrían de obtener perdon general.

Resuelta la princesa á hacer observar su último decreto contra los herejes; sin caer de ánimo con tantas rebeliones y alzamientos de ciudades; sin que la arrojara verse sin otras tropas que las escasas guarniciones ordinarias, algunos centenares de infantes walones para la guarda de su persona, y muy pocos arcabuceros de á caballo; sin que la intimidaran los auxilios que los rebeldes aguardaban de los príncipes luteranos de Alemania, propuso en Consejo levantar gente de guerra para combatir fuertemente la revolucion, y contra el dictamen de los mas, que temerosos de poner las cosas en mayor peligro le aconsejaban lo suspendiese por lo menos hasta que fuese el de Alba, procedió con heroica resolución á reclutar gente en el país y á alzar banderas en la alta y baja Alemania, y á formar coronelías y á nombrar y designar los jefes que habian de mandarlas, que fueron los mismos próceres flamencos de su adhesión que arriba hemos mencionado. Consultado el Consejo, se acordó dirigirse primeramente contra Tournay, por ser menos fuerte, para marchar despues sobre Valenciennes. Partió, pues, de Bruselas el conde de Noirquermes, á quien se encomendó esta operación. El intrépido flamenco, llevando consigo ocho banderas de infantería walona y sobre trescientos hombres de armas, se encaminó primeramente y con admirable rapidez hácia Lille, donde supo se hallaban reunidos mas de cuatro mil calvinistas, gente de la tierra, con ánimo de entrar en Valenciennes, y atacándolos repentinamente, los arrolló y deshizo, degollando cerca de dos mil, despues de lo cual, revolvió sobre Tournay, entró en el castillo, y á poco tiempo se le rindió la ciudad.

De allí, dejando presos á los autores de la rebelión, desarmado el pueblo, y encomendado el gobierno de la ciudad al conde de Roeux, en reemplazo del baron de Montigny que se hallaba en España, marchó sobre Valenciennes. Esta era plaza mas fuerte, y de mas tiempo rebelada. Necesitó, pues, el de Noirquermes cercarla formalmente y emplear contra ella la artillería. Aun así, y estando batiéndola, saquearon los rebeldes é incendiaron los monasterios contiguos. Creyó oportuno la gobernadora despachar al conde de Egmont y al duque de Arschot para que exhortasen á los sublevados á ceder de su pertinacia y les aconsejaran rendirse. Desoidas é infructuosas fueron las exhortaciones de los dos magnates; en su vista, el de Noirquermes hizo jugar todas las baterías en las cuales hubo hasta veinte cañones gruesos, que vomitaron mas de tres mil tiros contra las murallas, y destrozadas estas, se rindió la ciudad á discreción. Era el Domingo de Ramos, y entró el vencedor como en triunfo en la plaza. Encarceló, como en Tournay, á los motores y cabezas de la sedición, removió todas las autoridades, abolió los privilegios, restituyó á los templos el culto católico, remuneró á sus soldados con los bienes

confiscados á los culpables, y dejada la correspondiente guarnición, se dirigió á Brabante á combatir á Maestricht.

En este tiempo, y con la noticia de que el rey se prevenía para ir á Flandes enviando delante al duque de Alba, discurrió la princesa comprometer mas á los nobles exigiéndoles el juramento de que ayudarían al rey contra cualesquiera que en nombre de S. M. fuesen asignados. Juraron sin dificultad el duque de Arschot, y los condes de Mansfeld, Egmont, Meghem y Berlaymont. Negáronse á prestar el juramento Enrique de Brederode, y los condes de Horn y de Hoogstrat, á quienes costó perder sus gobiernos. No hubo manera de hacer jurar al príncipe de Orange, por mas recursos y artificios que la gobernadora empleó á intento de persuadirle y convencerle. De entre las muchas razones que el príncipe alegaba para resistirse al nuevo juramento, no dudaba nadie que era la principal su antipatía al duque de Alba, de cuyo carácter tético, adusto y vengativo lo temía todo, hasta el que en fuerza de aquel juramento quisiera obligarle á entregar al suplicio á su mujer, que era luterana. Y no dejándose vencer ni de persuasiones ni de ruegos, determinó retirarse con su familia á sus Estados de Nassau en Alemania. Cuéntase que antes de partir, viendo que no lograba persuadir á Egmont á que huyese como él la nube de sangre que sobre todos amenazaba descargar, fiando aquel en los servicios hechos á Felipe y en la clemencia del soberano, le dijo estas fatídicas palabras que muy en breve tuvieron una triste realización: *Esa clemencia del rey que tanto engrandecéis, oh Egmont, os ha de perder. ¡Ajá! mis pronósticos salgan fallidos! Vos seréis el puente que pisarán los españoles para pasar á Flandes.*

La resolución del de Orange, junto con la defección del de Egmont, desalentó á los de la liga, y los unos, como el conde de Coulemburg, abandonaron á Flandes; los otros, como el de Hoogstrat y el de Horn, prometían á la gobernadora jurar en su presencia; Luis de Nassau creía prudente seguir al príncipe su hermano, y todos los confederados se desbandaban, quedando Brederode, el mas tenaz y el mas osado de todos, para resistir á los embates de una lucha desesperada.

Noticiosos en tanto los de Maestricht de la rendición de Valenciennes y de la proximidad del de Noirquermes con veintuna banderas y diez piezas de batir, despacharon una embajada á la gobernadora implorando su perdón y prometiendo someterse á la obediencia del rey. Sin embargo, el autor principal de la rebelión fué colgado por orden de Noirquermes en la plaza pública. Quedó con el gobierno de la ciudad el conde de Berlaymont, y el victorioso general prosiguió á juntarse con el de Meghem la vía de Holanda. Atemorizados los de Bois-le-Duc con los triunfos de las armas reales, despues de varias embajadas acabaron por ponerse en manos de la gobernadora sin condiciones, y Margarita difirió su perdón ó castigo hasta la ida del rey, en que todos seguían creyendo. Amberes, el gran núcleo de los reformistas flamencos y alemanes, despues de deshecha por el señor de Beauvoir una masa de millares de herejes en una aldea á orillas del Escalda, y muerto en la plaza de la ciudad el señor de Tolosa, que hacía de cabeza del tumultuado pueblo protestante, se redujo tambien á la obediencia de la gobernadora, lanzando de su seno la turba de ministros y predicadores de la herejía. La princesa regente dió tanta importancia á la rendición de esta ciudad, que despues de enviar delante al conde de Mansfeld, el hombre de su mayor confianza, para que tomara posesión de ella en su nombre, pasó ella misma á Amberes, donde entró con gran pompa, rodeada de magistrados, consejeros, gobernadores de provincias y caballeros del Toison de oro. Dedicóse á reparar los templos destruidos, á restablecer el culto católico, á dar orden en el gobierno político de la ciudad, á hacer pesquisa de los principales perturbadores, y á recoger las armas de manos de los del pueblo.

Allí vinieron á hablarla embajadores de los príncipes protestantes de Alemania, á saber, los de Sajonia, Brandeburgo, Wittemberg, Baden y Hesse, los cuales, ya que no habian dado á sus correligionarios flamencos el socorro material de tropas que de ellos esperaban, iban á pedir que no se prohibiera el libre ejercicio de su religion á los que profesaban la Confesion de Augsburg, ni menos se les aplicaran las demás leyes de

España. Fuerte, y aun áspera, fué la respuesta de Margarita, diciéndoles entre otras cosas, «que dejasen al rey gobernar sus reinos, y no fomentasen disturbios en provincias ajenas, haciéndose abogados de hombres turbulentos.» Con cuya desabrida contestación se volvieron disimulando mal su enojo.

De la misma manera que el Henao y Brabante se fueron sometiendo la Holanda y la Frisia. El conde de Meghem destruyó con trece compañías mas de cuatro mil rebeldes holandeses, teniendo que fugarse por mar los que habian quedado. Incorporados ya Meghem y Noirquermes, lanzaron de Amsterdam á Brederode, el mas contumaz de los confederados, que fugado primeramente á la Frisia oriental, y refugiado despues en Westfalia, murió allá mas adelante, acaso menos de enfermedad que de frenética desesperación. Amsterdam, Leyden, Harlem, Delft y otras ciudades de Holanda recibieron á las tropas reales. Middelburg y demás poblaciones de Zelanda reconocieron la autoridad de la gobernadora. Toda la Frisia, inclusa Groninga, se sometió al gobernador conde de Aremberg. Finalmente, no quedó en los Estados de Flandes provincia, ciudad, villa, aldea ni castillo que no se sujetara, de bueno ó de mal grado, á la princesa regente (1).

Increible parecería, á no persuadirlo la incontrastable elocuencia de los hechos, que en el espacio de pocos meses se hubiera sosegado una tan general alteración, reemplazándola una pacificación tan general: testimonio grande de la prudencia y de los esfuerzos de la princesa Margarita, y del prestigio que sin duda habia alcanzado su nombre en el país. Ocupóse la de Parma en guarnecer las ciudades rebeldes, haciéndoles mantener á su costa la milicia; en levantar ó proyectar fortalezas que las sujetaran, señalando ya el sitio en que habia de erigirse la ciudadela que habia de tener en respeto á la turbulenta Amberes; en hacer pesquisa y castigo de los motores de las revueltas y de los violadores de las sagradas imágenes; en reedificar los templos católicos destruidos y en demoler algunos levantados por los luteranos. La plebe, feroz por lo comun, cualquiera que sea el principio que aclame, al derruir los templos luteranos, de las mismas vigas que derribaba construía horcas para colgar de ellas á los enemigos del culto católico. Con estas terribles escenas y con el pavor que infundía la próxima llegada del duque de Alba con los españoles, multitud de flamencos emigraban á otras tierras llevándose consigo su industria, sus mercancías y sus capitales.

Tal era la situación de los Países Bajos cuando el duque de Alba salió de Madrid para Aranjuez (15 de abril, 1567) á despedirse del rey Felipe II para emprender su jornada á Flandes, como capitán general del ejército de España. Dióle Felipe una real cédula concediéndole facultad para proceder contra los caballeros del Toison de oro que hubieran sido autores ó cómplices de la rebelión, no obstante los privilegios que les daban las constituciones de su orden (2). Con lo cual partió de Aranjuez para embarcarse en Cartagena.

¿Era ya necesaria la ida del duque de Alba á Flandes con ejército? ¿Era prudente?

La gobernadora, que á costa de tantos esfuerzos acababa de pacificar como milagrosamente el país, le decía al rey: «Para

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Década I, lib. VI.—Mendoza, Comentarios, lib. I.—Bentivoglio, Guerra de Flandes, lib. III.—Cabrerá, Historia de Felipe II, libs. VII y VIII.—Gachard, Correspondencia de Felipe II, tom. I.—Colección de documentos inéditos, tom. IV.

(2) Archivo de Simancas, Estado, legajo 535. Los caballeros de la orden del Toison en los Países Bajos, eran catorce, á saber:

- El conde de Egmont.
- El de Mansfeld.
- El de Aremberg.
- El de Arschot.
- El de Berlaymont.
- El de Meghem.
- El de Horn.
- El marqués de Berghes.
- El príncipe de Orange.
- El conde de Ostfrise.
- El señor de Archcourt.
- El baron de Montigny.
- El conde de Ligne.
- El de Hoogstrat.

conservar lo que se ha conseguido, y aun para que esto marche en bonanza, bastará la presencia de V. M. Pero un ejército nuevo para un país que acaba de someterse, sobre su excesivo coste para España y para Flandes, hará que estos pueblos le miren como una calamidad, como un azote sangriento para su castigo, y todos querrán abandonar esta tierra, porque al solo rumor de su venida muchos se han apresurado á marcharse con sus familias, sus fábricas y sus mercancías. Así, pues, os ruego encarecidamente que vengais á estas provincias sin armas, y mas como padre que como rey.» Representábase además que el duque de Alba, naturalmente altivo y severo, podría desbaratar todo lo que ella á fuerza de trabajo y de prudencia habia logrado.

Quejábbase al rey de que sus órdenes le ataban las manos para acabar de extinguir las llamas de los pasados disturbios. Pronosticaba que la autoridad que allí iba á ejercer el duque redundaría en mengua y detrimento de la suya, y de su crédito y reputación; y previendo todo esto, suplicaba á su hermano Felipe tuviera á bien permitirle dejar un país donde tanto habia trabajado, y donde habia perdido su salud, y retirarse á gozar del reposo de que tanto necesitaba (3). Viglio, el presidente del senado, y el conde de Mansfeld, los dos mas decididos campeones de la causa del rey y del catolicismo en Flandes, ambos escribían á Felipe y á los del Consejo de Estado pronosticando mal de la ida del duque de Alba y aconsejando al monarca que usara de clemencia con los vencidos (4).

¿Era prudente obrar contra el dictamen y consejo de personas tan autorizadas y competentes, tan leales y tan fuera de toda sospecha de parcialidad en favor de los sublevados, como Viglio y Mansfeld? ¿Era justo contrariar el parecer y voluntad de la gobernadora, suscitar su resentimiento cercenando su autoridad, enviarle un rival de quien lo temia todo, exponerse á malograr el fruto de tantos sacrificios, revolver de nuevo los humores de un pueblo que comenzaba á entrar en reposo, y poner á la princesa en el caso de renunciar agriada al gobierno de un país, cuya conservación, en el comun sentir, era á su sola prudencia debida?

A pesar de todo, el duque de Alba marchó á Flandes con su ejército, embarcándose en Cartagena (10 de mayo, 1567) en las galeras de Juan Andrea Doria. La ruta que se le habia señalado era la via de Italia, cruzando los ducados de Saboya, Borgoña y Lorena; porque el rey Carlos IX de Francia habia negado el paso por su reino al ejército español, dando por motivo el considerarlo peligroso en ocasion que la Francia se hallaba alterada con nuevos movimientos de los hugonotes. La marcha fué lenta y pesada por las detenciones á que obligaron al duque unas calenturas que en la navegacion le sobrevinieron. Componiase el ejército de ocho mil ochocientos infantes y mil doscientos caballos, con algunos mosqueteros, gente toda escogida, porque los mas eran españoles veteranos de los tercios de Milan, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y la gente bisoña la destinó á las guarniciones de las plazas que dejaban aquellos. Dividióle el duque en cuatro tercios al mando de capitanes experimentados, como Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño, Julian Romero y Gonzalo de Bracamonte. Fernando de Toledo, hijo natural del duque, y prior de la orden de San Juan, mandaba la caballería. Era maestro general Chiapino Vitelli, capitán probado en muchas victorias y muy perito en la fortificación y tormentaria. Dirigía la artillería Gabriel Cerbelloni, señalado por sus conocimientos en el ramo. El mismo duque marchaba á la vanguardia al frente del tercio de Nápoles (5).

En Thionville fué el duque recibido por varios jefes de las coronelías y por los condes de Berlaymont y Noirquermes, que se habian adelantado á cumplimentarle en nombre de la princesa, y él tambien envió á Francisco de Ibarra á hacer el mismo cumplimiento á Margarita, y á tratar sobre el alojamiento de los tercios. Al fin, el 22 de agosto (1567) llegó el

(3) Diferentes cartas de la princesa Margarita al rey. Archivo de Simancas, Estado, leg. 536.

(4) Tomo II de documentos publicados para servir de suplemento á la Historia de Estrada.

(5) En el tomo IV de la Colección de documentos inéditos, se halla la siguiente curiosa nota sacada del archivo de Simancas, leg. 535.

duque de Alba á Bruselas, y aunque la gobernadora habia mostrado querer libertar aquella ciudad de la carga de las tropas, el duque designó á su voluntad los cuarteles, destinando á Bruselas el tercio de Sicilia: los demás los distribuyó entre Gante, Lierre, Enghien, Amberes y otras poblaciones del Brabante. Por el recibimiento que tuvo en Bruselas pudo juzgar el duque del mal efecto de su presencia en el país. Ni Egmont, ni Arschot, ni Mansfeld salieron á recibirle. El pueblo mostraba hartó á las claras su desagrado. En su primera ida á palacio la guardia de la princesa no queria dejar pasar á los alabarderos del duque, y llegó el caso de poner unos y otros mano á las armas á riesgo de un grave conflicto, que por fortuna acertó á evitar el capitán de la guardia. La entrevista con la princesa regente tuvo mas de fria y severa por parte de Margarita que de expansiva y afectuosa, por mas que el duque se desahacia en cortesías y en demostraciones de respeto. Ambos estuvieron en pié todo el tiempo que duró la plática, apoyada la gobernadora sobre una mesa (1).

Luego que vió la princesa que el de Alba no solo llevaba patente de capitán general con facultad para disponer en todo lo concerniente á la milicia, sino que iba tambien investido de amplios poderes para entender en lo tocante á la rebelión, con autorización para castigar á cualesquiera personas, prender, confiscar, imponer la última pena, remover magistrados y gobernadores, levantar castillos, y aun para otras cosas y particulares de que á su tiempo le daria conocimiento, comprendió demasiado lo rebajada que quedaba su autoridad, como desde el principio habia rezelado. Y por mas que el duque protestara que no era su intencion alterar en nada el orden de gobierno, sino ser un mero ejecutor de lo que ella le preceptuase, apresuróse la de Parma á escribir al rey (2), instándole á que la relevara del cargo y le otorgara su licencia para retirarse, dándose por muy sentida de que la hubiera puesto en parangon con el duque de Alba (29 de agosto), el cual hacia todo lo que era de su gusto, aunque fuese contrariando la voluntad de la princesa que tanto fingia acatar, como habia sucedido con lo de los alojamientos.

De ser así dió pronto el duque la mas terrible y patente prueba, nombrando sin conocimiento de la gobernadora y en virtud de los poderes que llevaba del rey, un tribunal de doce

«La caballería ligera y arcabuceros de á caballo que llevó el duque de Alba de Italia á Flandes.

	Lanzas
Don Lope Zapata, con.	100
Don Juan Velez de Guevara.	100
Don Rafael Manrique.	100
Don César Dávalos.	100
Nicolao Basta.	100
Don Ruy Lopez Dávalos.	100
Conde de Novelara.	100
Conde Curcio Martinengo.	100
Conde de Sant Segundo.	100
Montero, cien arcabuceros.	100
Pedro Montanes.	100
Sancho Dávila, capitán de las guardas del duque, con cien lanzas y cincuenta arcabuceros.	150
	1,250

Infantería española.

Don Sancho de Londoño, por maestro de campo del tercio de Lombardia, con diez compañías que tenían poco mas ó menos dos mil hombres.	2,000
El maestro de campo don Alonso de Ulloa, con el tercio de Nápoles, que tenía diez y nueve banderas, y en ellas tres mil quinientos hombres poco mas ó menos.	3,500
Don Gonzalo de Bracamonte, con el tercio de Cerdeña, en que habia diez banderas que tenían poco mas ó menos.	1,800
El maestro de campo Julian Romero, con el tercio de Sicilia, con otras diez banderas en que habrá.	1,500
	8,800
De manera, que entre caballería é infantería, fueron diez mil y cincuenta.	10,050

(1) Carta descifrada de Miguel de Mendivil, contador de artillería, al rey; de Bruselas á 29 de agosto. Archivo de Simancas, Estado, leg. 535.—Relacion de la plática que el duque mi señor tuvo con Madama de Parma, lúnes á los 26 de agosto de 1567.—Ibid. leg. 543.

(2) Simancas, Estado, leg. 536.

personas, á saber, siete jueces, con sus correspondientes abogados fiscales y procuradores para entender y fallar en los delitos de rebelión (5 de setiembre, 1567), el cual fué denominado en el país el Consejo de los Tumultos (*Conseil des Troubles*), y tambien y mas comunmente el *Tribunal de la Sangre*. Con esto la princesa volvió á escribir al rey (8 de setiembre), quejándose de que no le hubiera enviado todavia el permiso tantas veces pedido para resignar el gobierno; de la autoridad suprema de que habia investido al duque de Alba; de la ingratitud con que la trataba, y de la injusta humillación que la hacia sentir; le recordaba la situación en que él dejó los Países Bajos, los trabajos, las fatigas, los riesgos que en cerca de nueve años habia corrido con menoscabo de su salud y con peligro de su misma vida, para hacerle el soberano mas absoluto de ellos, y le preguntaba si era justo que cuando ella acababa de pacificar el país, viniese otro á recoger el fruto de sus afanes; insistiendo por último en que si difería la respuesta, lo tomara como un consentimiento tácito de su renuncia, y sin esperar mas, partiría á su retiro.

Al día siguiente de escrita esta carta (9 de setiembre) supo con sorpresa la gobernadora haber sido presos por el duque de Alba los condes de Egmont y de Horn, el secretario de este, señor de Backerzele, y Antonio Van Straelen, cónsul de Amberes é íntimo amigo del príncipe de Orange. La ejecución de estas prisiones, que hacia dias tenia determinada, la habia diferido hasta poderlos coger á todos á un tiempo, y aun al conde de Hoogstrat, comprendido en la orden de prisión, le salvó una casualidad feliz. El medio de que se valió el duque para ejecutar esta medida fué un artificioso engaño, indigno de la nobleza de su estirpe. Aquel día acordó celebrar Consejo en Bruselas para tratar de las fortificaciones de Thionville y Luxemburg: á este Consejo convocó á los condes de Egmont, Horn, Aremberg, Mansfeld, Arschot, Noirquermes, Chiapino Vitelli y Francisco de Ibarra. Todos asistieron al Consejo, presidido por el duque: cuando á este le pareció oportuno, levantó la sesión: al salir de la sala, se halló sorprendido el conde de Egmont, al verse intimado por Sancho Dávila á que se diese á prisión y entregase la espada á nombre del rey. *Tomadla*, contestó el de Egmont, viéndose rodeado de otros capitanes; *pero sabed que con este acero por desgracia he defendido muchas veces la causa del rey*. Y era así en verdad. Entre tanto ejecutaba lo mismo con el de Horn el capitán Salinas. Durante el Consejo habia sido llamado tambien engañosamente el secretario Backerzele á casa de Alborno, donde fué detenido. La prisión de Straelen, que se hallaba en Amberes, habia sido encomendada á los capitanes Salazar y Juan de Espuche. El encargado de disponer todas estas operaciones fué el hijo del duque de Alba, don Fernando de Toledo (3).

Estas prisiones y la manera de realizarlas llenaron de asombro, de terror y de indignación al pueblo, que con enérgico lenguaje decía que la prisión de los condes significaba la prisión de toda Flandes; compadecía la excesiva confianza de aquellos próceres, y aplaudía la prevision del de Orange en haberse salvado á tiempo, y en él cifraba todavia alguna esperanza de libertad (4). La razon que daba el de Alba á la gobernadora de haber tomado tan dura y ruidosa medida sin su auencia y conocimiento era, que así lo habia dispuesto el rey para que no la alcanzara la odiosidad que aquel rigor pudiera llevar consigo. La princesa disimulaba cuanto podia, y solo aguardaba el regreso del secretario que habia enviado á Madrid solicitando de Felipe la admisión de su renuncia, para abandonar cuanto antes pudiera un país donde se encontraba tan humillada, y donde con tal ingratitud veia remunerados sus servicios (5). Los condes de Egmont y de Horn

(3) Todo consta minuciosamente de las cartas y despachos originales de la princesa y del duque al rey, existentes en el archivo de Simancas, Estado, leg. 535.

(4) Cuéntase que cuando noticiaron al cardenal Granvela en Roma los sucesos de Bruselas, preguntó: *¿Y ha sido preso tambien el Taciturno?* (así llamaba al de Orange).—Y como le respondiesen que no, exclamó: *Pues no habiendo caído aquel en la red, poca caza ha hecho el duque de Alba*.—Estrada, Década I, lib. VI.

(5) El secretario que envió la princesa se llamaba Machiavel, y de